



Foto: Pedro Sánchez / Vilcashuamán

País de



Foto: Anamaría McCarthy / Tarata

broncas

Durante la campaña, los contendores suelen orientarse hacia el centro, pero una vez en la confrontación entre gobierno y oposición, los políticos prefieren los extremos. El centro funciona como la promesa y el extremo como lo concreto. El centro, de alguna manera, es una careta y el extremo se convierte en la verdadera cara. La campaña, sin embargo, es una fantasía, un simulacro, una invención. El gobierno, en cambio, es el día a día, la vida cotidiana sin empuje poético, sin proyectos a mediano y largo plazo, sin sueños. La campaña, que debería ser una batalla, es un lugar de encuentro. La gobernabilidad, que debería ser la búsqueda de los consensos, es la rencilla, la diatriba, el dardo envenenado. Cinco años en los cuales los peruanos nos dedicamos al deporte de odiarnos. Cinco años de mentiras e insultos. De rebuscarnos en el afán de encontrar un trapo sucio que podamos ondear como un trofeo de alguna triste riña.

De pronto, una vez terminado el período electoral, nos ponemos a hablar claro y directo, a la cara, sin roche, envalentonados. En ese ambiente alejado del ágora griega, quien grita más alto es quien se deja oír y trata de mandar. Las conversaciones se parecen a las entrevistas políticas en la televisión o la radio: pregunto A y responde B. Lo invito para que pise el palito. Estamos entre peruanos, eso no debemos olvidarlo jamás, y nada mejor para sacar la cara que el tráfico limeño: “viejo cabro”, “cholo de mierda”, “bachiche”, “la tuya”. ¡Imagínense, cómo sería, si no tuviéramos el orgullo de haber nacido en esta tierra del sol! Los diarios tienen su línea editorial pintada en la primera plana. Su tendencia salta a la vista como un chupo adolescente. Se lee por costumbre, los refritos reaparecen cada semana. En ese clima enrarecido, en el que nos sentimos tan en casa, se hace política. La religión, que debería

conducirnos hacia una vida espiritual más plena, se reduce a su aspecto social: costumbres, reglas, obediencia, sujeción. Le haría bien a la jerarquía eclesiástica darse un par de vueltas por la realidad, como lo hace Michel Picolli en la película Habemus Papa, con el propósito de sentir el ánimo cotidiano de la gente que sufre. En todo caso, la jerarquía debería utilizar el púlpito para dar un mensaje menos mundano, menos político, porque esta política, la peruana, afea, congela el ceño, está estresada, detesta la sonrisa femenina, prefiere el grito desahogado de la bancada fujimorista. ¡Quieren látigo! ¡Quieren que este gobierno saque el látigo!, según aconseja el filósofo y politólogo Jorge Yoshiyama. ¡Él pretende llevarnos más al extremo, al despeñadero incluso, al autoritarismo, a la relación Fujimori-Pueblo, sin mediaciones, sin sindicatos, sin gremios, sin gente organizada.

La figura es atractiva: nos encontramos entre los balnearios de Asia y el Movadef. Los dos extremos de la pita están establecidos. Los dos son satanizados, se enroscan en sí mismos y ocupan determinados territorios de la patria. Ninguno de los dos saca la cara, tampoco la muestran así nomás, desconfían de los extraños y cualquiera que asome por sus predios será visto como un forastero. Más al medio, un poco lejos de los extremos, los fujimoristas destrozan todo aquello que no vaya a su propio molino. Y Gana Perú no mete gol porque juega al empate. Al equilibrio macroeconómico. A mantener el crecimiento. A dejar que las cosas sigan como están. El Perú, dejémonos de vainas, vive en un eterno presente. Se agota con solo pensarse. El Perú no tiene paz. Vive una angustia sin haber leído. El silencio del presidente Ollanta Humala lo reconforta y lo aterriza a la vez. Por un solo instante, sin habernos percatado, nos dejamos llevar por el aroma tibio de las muchachas en flor, preferible, por cierto, al ruido de la descarga o al zumbido del látigo. ■